

Evar Méndez: El último de la foto

Carlos García
(Investigador Independiente)

Es conocida la fragilidad de los grandes relatos, ya sea en la historia o en la filosofía. Lo mismo puede aplicarse a la literatura argentina: no hay visión de conjunto que no yerre penosamente en los detalles. A pesar de ello, o por ello mismo, propongo en mi ponencia una radical reescritura de un capítulo fundamental de la vanguardia histórica: el relacionado con el periódico *Martín Fierro* (1924-1927) y su director, Evar Méndez (1885-1955), el hombre detrás de la vanguardia. Para ello, me sirvo de un vasto *corpus* que recopilé con Martín Greco, en su mayor parte desconocido o malinterpretado hasta ahora: textos éditos e inéditos, misivas intercambiadas con más de 90 personas, incluidos Borges, Macedonio Fernández, Alfonso Reyes, Xul Solar y muchos otros: 460 documentos desplegados en 500 páginas de nuestro libro *La ardiente aventura. Cartas y documentos inéditos de Evar Méndez, el director de 'Martín Fierro'* (2017). En las primeras 100 páginas ofrecemos al lector un hilo conductor para entrar y salir ileso del laberinto que conforma el complejo archivo.

De proverbial modestia, Méndez prefería figurar en algún rincón de las fotos, casi nunca en primer plano. En mi ponencia lo ilumino y lo reubico en el panteón literario.

Las obras literarias, en especial las de vanguardia, no llegarían a ser si no se creara un entorno propicio para que puedan ser gestadas y si no se dispusiera de medios que posibilitaran su difusión. Alguien debe financiar las impresiones, alguien debe ocuparse de diagramarlas y hacerlas, alguien debe comentarlas o interpretarlas para el público, alguien debe organizar de algún modo las tendencias anárquicas que caracterizan a todo movimiento de avanzada, canalizar las cosas de modo que al final ocurra algo concreto y, con suerte, perdurable.

Tal es el caso, especialmente, de periódicos o revistas, medios preferidos por los movimientos de la vanguardia histórica. De hacerlos puede ocuparse un grupo dentro del grupo, o todo él, pero lo más usual es que se destaque una personalidad fuerte, con gran capacidad de trabajo y organización. Si, además, a esa persona le está dado percibir los aires del tiempo y sabe cómo influir en ellos, el órgano así dirigido logra superar lo meramente local y pasajero, deja de ser el capricho de un reducido número de personas y pasa a ser cifra de una época.

Una de esas publicaciones fue el periódico *Martín Fierro* (1924-1927), cuyo fundador, director y timonel fue Evar Méndez.

Ya casi nadie recuerda a Evar Méndez, a pesar de que fue el único director constante del periódico, y quien de veras lo hizo. Es cierto que Oliverio Gironde intervino breve y eficazmente en su dirección, pero lo suyo era la intuición genial, no el trabajo de zapa. Él mismo lo reconoce en una carta del 19 de septiembre de 1925 a Guillermo de Torre: “Después del tercer número (de la nueva etapa) me fui retirando como lo había anunciado [...], es demasiado para alguien que, como yo, no desea dejar de ser un haragán.” (García / Greco 2017, 197).

Hay algo peor que el olvido: el malentendido. Casi todo lo que creemos saber sobre Evar Méndez se basa en errores, informaciones contradictorias, leyendas: desde el nombre verdadero y la fecha de nacimiento, pasando por su extracción social, su relación con la política y la clase de sus empleos en la administración pública, hasta su participación en el directorio del periódico y las razones que llevaron al cierre del más importante órgano de la vanguardia argentina.

Ante tanta defectuosa visión de conjunto, y para subsanar esa retahíla de errores, Martín Greco y yo hemos escrito un libro monstruoso, que en su versión reducida tiene unas 600 apretadas páginas, titulado *Evar Méndez: La ardiente aventura. Cartas y documentos inéditos de Evar Méndez, director del periódico “Martín Fierro”*.

Apareció a fines de 2017 y contiene, entre otros documentos, correspondencias de Méndez con casi un centenar de escritores argentinos de su época: de Lugones y Ricardo Rojas a Borges, Macedonio, Alfonso Reyes y Xul Solar.

Si se echa una mirada detenida y escrupulosa al archivo que hemos compilado, el relato que sobre las actividades de Méndez tuvo validez hasta hoy se revela como falso. Tras desenterrar los vestigios, hasta ahora desconocidos en su mayor parte por la crítica, hemos escogido 500 páginas, que muestran un montón informe de fuentes contradictorias, de negociaciones, de escenificaciones de cara al mercado, de enemistades personales, de pactos más o menos duraderos, avances, retrocesos, cuestiones financieras y estéticas...

El texto de mi ponencia se basa ceñidamente en ese trabajo hecho en conjunto con Martín Greco. Tras ordenar todos los materiales en estricto orden cronológico, mostramos que, a pesar de la linealidad de la presentación, el archivo no es lineal, sino laberíntico, que está lleno de recodos que no llevan a ningún sitio, de informaciones que se contradicen o que son erróneas. Hemos debido hacer una criba, una selección crítica: privilegiamos materiales diferentes a aquellos en que se basaban las versiones previas de la historia. Todo ello nos permite presentar un nuevo relato que, a pesar de su tradicionalidad desde el punto de vista estilístico, remueve decididamente las aguas, cambia para siempre la dirección de la historia del tema.

Más allá de la mera corrección de errores biográficos, el trabajo se propone situar a Evar Méndez en el sitio que le corresponde en la historia del campo cultural argentino (y, de paso,

presentar material que permite reescribir también otros capítulos de esa historia. Por solo citar un ejemplo: la relación entre Oliverio Girondo y Norah Lange).

Para ello fue necesario estudiar la evolución intelectual de Méndez, hasta hoy en gran parte ignorada, y su participación concreta en el periódico, reflexionar acerca de las funciones del director de una publicación cultural, y revisar algunos lugares comunes y frecuentes inexactitudes de la historiografía literaria al uso. De este modo, aspiramos a abrir nuevos caminos para la investigación y la reflexión crítica sobre un momento central de las vanguardias hispánicas.

Mencioné a Martín Greco, porque hemos hecho el trabajo en común, aunque en el largo transcurso del proyecto ha habido una especie de cambio de roles: la idea original y las primeras investigaciones (comenzadas en 1999 en México, en el archivo de Alfonso Reyes) fueron mías, pero si el libro ha llegado a buen puerto, como creo que es el caso, es gracias al decisivo esfuerzo intelectual y organizativo de Martín, con quien trabajé en los últimos 15 años en este y en otros proyectos, entre ellos, la edición comentada de la correspondencia entre Ramón Gómez de la Serna y Guillermo de Torre (2007).

En lo que sigue me limitaré a recitar algo axiomáticamente algunos datos, en un acercamiento positivista, pero no ingenuo, al tema. En primer lugar, relacionados con la persona y la extracción social de Méndez. Quizás haya luego, en la charla, ocasión de ahondar en algunos aspectos.

Comienzo por el nombre: el correcto no es, como se acostumbra decir, “Evaristo”, sino realmente “Evar”: Guillermo Evar González Méndez. Así figura en sus documentos de identidad y en los escritos oficiales que hablan de sus nombramientos o trasposos en la administración pública.

Otra inexactitud en boga es la de la fecha de su nacimiento, que no ocurrió en 1888, según afirman todas las fuentes (incluido, raramente, el propio escritor durante gran parte de su vida), sino tres años antes, en 1885.

El detalle es nimio, pero ayuda a situar a Méndez en una adecuada línea de relaciones temporales entre el modernismo y la vanguardia: de los jóvenes escritores de *Martín Fierro* lo separa una diferencia superior a la estimada habitualmente: Méndez lleva quince años a Borges, Marechal, Olivari y Mastronardi; veinte a Raúl González Tuñón y Norah Lange. Es decir, un lapso similar al que hay entre él y Rubén Darío, nacido en 1867. Méndez es mayor incluso que Banchs, Fernández Moreno y Güiraldes. Ello contribuye siquiera en parte a explicar su inquebrantable devoción por Rubén y por Lugones.

Apollinaire fue, hasta donde alcanzo a ver, el primero en advertir que en el ámbito del arte

y la literatura de vanguardia de comienzos del siglo XX existía una tensión, irresuelta y quizás insoluble, entre la tradición y la invención, entre la aventura y el orden (“La jolie rousse”, *Calligrammes*, 1918). Sin embargo, no debe verse ese par como en perpetua e insalvable contradicción: lo que los une es una relación dialéctica. Méndez es como un gozne en esa movediza disyuntiva, y promueve a su manera el tránsito de un espacio al otro, no sin reculamientos e inconsecuencias, ya que él era, en el fondo, un modernista rezagado.

Otro mito echado a rodar en contra de Méndez es que perteneciera a la oligarquía. El error es demasiado burdo y, no pocas veces, malintencionado. Güiraldes, Girondo, las Ocampo, Macedonio Fernández: todos ellos eran, en la nomenclatura de Jorge Rivera, escritores “herederos”, que dilapidaron más o menos sensata o útilmente un dinero no ganado por ellos, sino amasados vaya uno a saber por qué medios, por sus antepasados. (Sí, también el buenazo de Macedonio... Se silencia o simplemente se ignora que un largo tiempo vivió de la renta y de la venta de terrenos acumulados por su familia en diversas provincias del país...) En menor medida, también Borges pertenecía a ese grupo: recién a partir de 1937-1938 debe comenzar a trabajar para vivir. No así Evar Méndez: ya desde muy temprano tuvo que sostenerse por su cuenta y ayudar a su familia; ello contribuye a comprender el porqué de sus numerosas actividades mercuriales.

Si bien no cometeré el error de idealizar a Méndez, quien incurrió en muchas de las limitaciones ideológicas de sus contemporáneos (así, por ejemplo, en relación con el rol de la mujer), puede asegurarse rotundamente, ahora, que no fue oligarca, elitista ni conservador, sino todo lo contrario: hijo natural de una familia de escasos recursos, no completó sus estudios secundarios, participó en la revolución yrigoyenista de 1905, fue simpatizante del anarquismo y del socialismo, masón, ateo, anticlerical, antimilitarista y antifascista, adversario hasta el final de su vida de los “reaccionarios derechistas” (Méndez, 1944: 7).

Algunos ejemplos apuntalan estos asertos, tan a contramano de lo que se viene diciendo: suscribió intervenciones públicas progresistas con ocasión de episodios resonantes a lo largo de su época, como el fusilamiento del anarquista Francisco Ferrer en 1909, condenó el surgimiento y los desmanes de la fascista Liga Patriótica en 1919, el destierro de Unamuno en 1924, la ejecución de Sacco y Vanzetti en 1927, o la victoria del franquismo en 1939.

Además, actuó en cooperativas editoriales y en intentos de constitución de representaciones gremiales para la reivindicación profesional de periodistas y escritores, entre ellas la Asociación de Periodistas y Afines que en 1919 realizó una larga huelga contra las empresas periodísticas de Buenos Aires, en la cual, según relata un testigo de la época, debido a “sus convicciones sobre la misión social del poeta” y “sus ideas revolucionarias, se dio de lleno a la contienda” gremial (Cortazzo, 1956, 11). En 1928, formó parte, con Lugones, Borges y otros, del grupo que fundó la

SADE, en la que asumió más tarde varios cargos.

En suma: Evar Méndez fue, por estrechez económica, lo que ahora se llamaría un trabajador de las industrias culturales, en las que desempeñó las más variadas funciones: periodista y director de periódicos, crítico de teatro, de música (en especial, jazz) y de cine, cronista social y parlamentario, editor de libros, prologuista, traductor, vocero de prensa, jurado de concursos, bibliotecario y, paralelamente, funcionario público.

Retomando la caracterización de Rivera puede definirse ahora a Méndez como un “escritor profesional”, en el más enfático, sudoroso y precario sentido del término.

Se acostumbra mencionar a Evar Méndez como uno de quienes hicieron *Martín Fierro*, y esto ya es un error, porque podría afirmarse casi sin hipérbole que él *fue* Martín Fierro. Pero aparte de eso, se ignoran, se silencian o se minimizan sus otros aportes a la vida cultural argentina. El más importante de ellos, además del periódico, fue seguramente la editorial Proa (que publicó al menos 24 títulos, con obras de Borges, Gironde, Güiraldes, Macedonio Fernández, Francisco Luis Bernárdez y otros), y, como parte de su programa, la colección “Cuadernos del Plata” (cinco volúmenes). Nominalmente dirigida por Alfonso Reyes, fue Méndez quien a menudo hizo el trabajo concreto para esa colección. Como demostré ya en mi edición comentada de la correspondencia entre Borges y Reyes y en un trabajo previo (García, 2007 y 2010), no fueron ellos, sino Evar Méndez quien seleccionó los trabajos de Macedonio aparecidos en la primera edición de *Papeles de Recienvenido*. Es plausible que algo análogo ocurriera con los otros volúmenes de la serie, quizás con excepción del de Güiraldes (acerca del cual Reyes hizo personalmente las negociaciones con su viuda, Adelina del Carril) y el del mexicano Gilberto Owen.

Méndez tuvo un puesto directivo, además, en la imprenta de los Hermanos Porter, de la calle Entre Ríos, donde se imprimieron el periódico *Martín Fierro* y alguno de los títulos de la Editorial Proa (*Sketches*, de Leopoldo Hurtado; *Voz de la vida*, de Norah Lange; *El imaginero*, de Ricardo Molinari; la traducción de Lysandro Z. D. Galtier de *32 poemas* de Guillaume Apollinaire; *Mapamundi*, de Andrés L. Caro).

Aquí habría que hacer una larga digresión que se ocupara en detalle de las múltiples actividades de Evar Méndez como hacedor del periódico, en ejercitamiento de lo que Greco y yo llamamos “la función del director”. En vez de hacerlo, remito a nuestro libro, donde hemos estudiado el asunto en cinco apartados, que abarcan 30 páginas, y que cubren el abanico de actividades de Méndez en relación con su periódico:

- a) Idea, fundación, orientación editorial
- b) Financiación y administración
- c) Redacción, diseño e impresión

- d) Distribución y difusión
- e) Empresas editoriales complementarias

Es una insinuación páfida la del despedido Francisco Luis Bernárdez cuando trata a Méndez de mero “Administrador” de *Martín Fierro*, aunque es cierto que así figura a menudo en diversos documentos de época.

Sin embargo, Méndez era más que eso: era el *factótum*, literalmente, el que hace todo, aunque en algunas fases del trabajo contó con ayuda de otras personas. Desde la financiación (a veces con préstamos de Gironde, casi siempre rigurosamente devueltos) hasta la venta, desde el minucioso encargo y elección de ilustraciones hasta la diagramación, el que se carteaba con todo el mundo para obtener anuncios y colaboraciones, el que organizaba almuerzos y cenas, el que relacionaba al periódico con otros órganos del país (ya formando alianza con ellos, ya disputándoles el terreno), el que escribía múltiples notas bajo nombre propio, con siglas, con seudónimo y sin firma, el que comprendió que había que coordinar y organizar las cosas para que el grupo fuese fuerte y tuviera peso en el campo cultural. Sobra decir que lo logró.

Otro de los más graves malentendidos es el relacionado con el cierre de *Martín Fierro*: la clausura se fecha mal y se la atribuye generalmente a la escisión comunicada mediante una carta abierta, violenta y despectiva, remitida a Méndez por Bernárdez, Marechal y Borges con fecha 4 de enero de 1928 y reproducida al día siguiente en *Crítica* (García / Greco, 2017: 252).

Algunos giros y recursos estilísticos denuncian que el autor principal del texto de la carta abierta fue Bernárdez. Aunque se toma como razón para el entredicho la decisión de Méndez de prescindir de posicionamientos políticos en su periódico, y aunque es cierto que Méndez no quería inmiscuir la política en *Martín Fierro*, en realidad hay otra cosa detrás: el encono que en Bernárdez suscitó el claro y público rechazo de Méndez a su catolicismo militante (véase su intercambio de cartas en el último número del periódico).

Ahora, con los datos recabados acerca de la vida previa y la manera de pensar de Méndez, se comprende mejor su intransigencia en este punto: Méndez percibió antes que muchos que en Buenos Aires había ya un “retorno al orden” de sesgo católico, que comenzó a cristalizar por estas fechas y se tornó evidente antes del fin de la década, y culminó en el Congreso Eucarístico de 1934 y en los excesos obsecuentes y antisemitas de Hugo Wast... (“Obsecuentes” ante la iglesia católica, quiero decir.)

Dije ya que el momento del cierre del periódico está generalmente mal datado: en efecto, la clausura no ocurrió por el cisma de los tres nombrados, ni en enero de 1928, sino en algún momento de la segunda mitad de ese año. Numerosas señales muestran que hasta mediados de 1928 cuando menos Méndez y otros tenían intenciones de continuar con la publicación.

Para empezar, no era nada nuevo que un número del periódico anunciado para comienzos de año saliera con varios meses de retraso: pasan cuatro meses entre el número 14-15 (24 de enero de 1925) y el 16 (5 de mayo de 1925); cinco meses entre el 26 (29 de diciembre de 1925) y el 27-28 (10 de mayo de 1926). De aquí en más, el periódico logra su serie más regular, publicando un número por mes hasta mayo de 1927. Entonces recomienzan las estrecheces: en los siete meses restantes del año sólo logra publicar tres entregas: el número 42, el 43 y el doble, 44-45. Es cuando sale el último de ellos cuando se produce la polémica con los jóvenes yrigoyenistas.

A lo largo de la primera mitad del año, Méndez figura en la prensa porteña siempre como director del periódico. Hay cartas de Méndez a Xul Solar, recogidas en nuestro libro, que muestran que Méndez sigue planeando la aparición del número anunciado.

Otro indicio de que *Martín Fierro* se considera aún en vida en abril de 1928 es el volante firmado por el periódico para invitar a una “Comida en honor de Norah Lange”, que, deserción de otro orden, parte en viaje a Europa (en un texto de próxima aparición en Italia, se ocupa Jimena Néspolo del tema).

Una nota aparecida en el número 20 de *Índice*, Bahía Blanca, del 26 de junio de 1928, afirma que “el periódico literario y artístico *Martín Fierro*, que en Buenos Aires editara don Evar Méndez, reaparecerá en los primeros días de julio próximo. Editará un número especial dedicado a Ricardo Güiraldes. Promete su aparición regular”. Esos y otros documentos confirman que el periódico se consideraba y era considerado como aún existente hasta mediados de año y que son erróneas las versiones que sugieren lo contrario.

La aparición de *Pulso*, la revista que el peruano Alberto Hidalgo comenzó a sacar en junio de 1928, aumentó el drenaje de autores que padeció *Martín Fierro*. A ello debe aludir Carlos Mastronardi en la maldiciente carta que remite a Hidalgo el 26 de octubre de 1928: “Del hígado de Méndez no sé nada. Debe andar algo dolido porque usted le acabó de enterrar su fierro Martín.” Al fin, Evar Méndez desiste de continuar con la empresa. Para explicar el cierre, la revista *La Pluma* de Montevideo (mayo de 1928, 155) había propuesto prematuramente otras razones, aparte de las políticas, y describía así la situación de progresivo desgaste:

De la Argentina. Muerte de *Martín Fierro*

Víctima de los terribles achaques que lo atacaron en estos últimos meses, falleció al fin, definitivamente, la revista *Martín Fierro*, órgano de la vanguardia literaria de la Argentina, que tan significativa posición ocupaba en el ambiente.

Por un lado, la política irigoyenista, le restó un grupo de sus más destacados elementos, que, en conflicto con la dirección, que es *antipolítica*, se desvincularon de la redacción. Por otro lado, la famosa disputa del Meridiano Intelectual con *La Gaceta [Literaria]* de Madrid, le restó otros elementos, que no estaban de acuerdo con la actitud anti-española asumida por la redacción de *Martín Fierro*.

Evar Méndez, su director y editor, quedó aislado, con escasos medios, y declaró en quiebra el boliche vanguardista, cerrando las puertas. Ahora no quiere ni oír hablar del difunto.

Nótese que la dirección, dice *La Pluma*, no es alvearista, sino “antipolítica”. Nueva es también la explicación relacionada con el asunto del Meridiano, aunque del todo fallida (no trataré aquí el tema de esa malhadada polémica, sobre la cual escribí ampliamente en un libro de 2013). Entre los testimonios más antiguos acerca del cierre del periódico destaca la carta de Méndez a Samuel Glusberg (16 de octubre de 1930), que refiere de este modo los hechos:

A raíz de ese asunto, proyecté un suelto que debió llamarse ‘Deslinde’ y salir en el n° 46 del periódico, que llegó hasta las pruebas de página, y resolví no sacar más para evitarme nuevos disgustos y mayores deudas, que todavía estoy pagando.

Es decir: hubo varios motivos para el cierre, muchos pequeños, aquí apenas sugeridos, pero que enumeramos a lo largo de 11 páginas en nuestro libro (77-88). El motivo decisivo fue, al parecer, uno banal: la falta de dinero. Visto desde hoy, puede decirse, sin embargo, que *Martín Fierro* desapareció, en realidad, porque ya había cumplido su misión.

Otro error repetido gustosamente por la crítica es el que da por sentado que Evar Méndez proscribió de *Martín Fierro* la política porque es una especie de vasallo del presidente Alvear, o, al menos, su secretario privado. Nada de ello es cierto. Según puede mostrarse, Méndez sirvió en la administración pública bajo diversos presidentes, antes y después de Alvear, comenzando por Sáenz Peña, pasando por Victorino de la Plaza y hasta por el mismo Yrigoyen.

Méndez ingresa a la Secretaría de la Presidencia ya en 1914, pero no como absurdamente se ha dicho y se repite impunemente, como secretario de algún presidente: era un empleado subalterno, que obtuvo ese puesto por mediación de Ricardo Rojas. Su trabajo en la biblioteca de la Presidencia (no del presidente) concluye recién en 1930, tras el golpe que inaugura la “década infame”. Se lo traslada a dependencias impositivas, donde seguirá trabajando por años.

Méndez tuvo también una vida después del periódico: a ella dedicamos más de 200 páginas de nuestro libro (252-456). Por razones de tiempo no puedo desplegar aquí los conocimientos recabados.

Si bien Méndez publicó varios libros de poemas en verso y en prosa, ninguno de ellos fue de corte vanguardista. Puede afirmarse que el mordaz aserto de Julio Noé, crítico de *Nosotros*, no fue del todo injusto: la poesía le fue reacia a Méndez (lo cual puede comprobarse en la apretada “Antología poética” que recopilamos Greco y yo; 456-476).

A cambio, le fue dado cristalizar, siquiera por un breve periodo, el entusiasmo de toda una

cohorte de escritores jóvenes, que descollarían después en sus respectivos géneros y estilos.

Méndez merece un sitio en el panteón literario argentino. Siquiera porque fue, con todas las letras, el hombre detrás de la vanguardia.

Bibliografía

- Cortazzo, Alberto P. (1956): “Como un verso sintió siempre la vida Evar Méndez, poeta de delicado decir. Placía por lo que revelaba, no por lo realizado”: *Noticias Gráficas*, Buenos Aires, 3-X-1956, 11.
- García, Carlos (2005), “Evar Méndez y el final de *Martín Fierro*: leyendas y verdades”, *Esperando a Godot* 6, Buenos Aires, agosto de 2005.
- (2007), “Historia de una gestación: *Papeles de Recienvenido* y la atmósfera intelectual porteña”, Roberto Ferro (dir.), *Macedonio. Historia crítica de la literatura argentina*, VIII, Buenos Aires, Emecé, 2010, 47-66.
- (2010), *Discreta efusión. Alfonso Reyes / Jorge Luis Borges. Epistolario (1923-1959) y crónica de una amistad*, Madrid / Frankfurt am Main: Iberoamericana / Vervuert, 2010.
- (2013), *Antologías y meridianos. Guillermo de Torre y Evar Méndez (1925-1929)*, Madrid, Del Centro Editor, 2013.
- García, Carlos / Greco, Martín (2007), *Escribidores y naufragos. Correspondencia Gómez de la Serna-Guillermo de Torre 1916-1963*, Madrid / Frankfurt am Main, Iberoamericana / Vervuert, 2007.
- (2017), *La ardiente aventura. Cartas y documentos inéditos de Evar Méndez, el director de ‘Martín Fierro’*, Buenos Aires / Madrid, Albert editor.
- Greco, Martín (2013), “Entre el modernismo y la vanguardia: Evar Méndez (1885-1955)”, *Badebec*, vol. 4 n° 2, Rosario, 2013, 1-37.
- (2015/09), “De la vanguardia estética a la vanguardia política (*Argentina*, 1930-1931)”, *Badebec*, vol. 5 n° 9, Rosario, septiembre de 2015, 213-242.
- Méndez, Evar (1944): “A los veinte años de un periódico célebre”, 7 páginas dactilografiadas firmadas “Evar Méndez, Buenos Aires, noviembre 30 de 1944”, original en castellano del artículo publicado en francés como “Vingtième anniversaire d’un journal célèbre”, en *La Revue Argentine* 33, París, octubre de 1945, 105-115 (con la firma “Evar Mendes”). Fondo Luis Emilio Soto, Biblioteca Nacional (Buenos Aires).

* **Carlos García** es investigador independiente, radicado en Hamburg (Alemania) desde 1979. Sus últimos libros son: *El joven Borges y el expresionismo literario alemán* (Universidad Nacional de Córdoba, 2015) y *La ardiente aventura. Cartas y documentos inéditos de Evar Méndez, el director de ‘Martín Fierro’*. Madrid / Buenos Aires: Albert editor, 2017 (este con Martín Greco).